

franceses del Canadá no eran ni labradores, ni fabricantes ni comerciantes como los ingleses, sino soldados desde el primero hasta el último, para los cuales el oficio de las armas era el mas noble y el mas productivo. Por otra parte, en las 13 colonias inglesas de la costa habia la libertad política y religiosa, mientras en el Canadá francés mandaban el gobernador, el intendente y los jesuitas lo mismo que en Francia.

Los jesuitas estaban en el Canadá aun mejor, porque comerciaban y hasta hacian el contrabando lo cual no podian hacer en su país. En cambio en las colonias inglesas prosperaban extraordinariamente todas aquellas industrias é instituciones que unidas á una constante é incansable laboriosidad, trasforman los territorios conquistados en propiedad permanente; pero se carecia de toda fuerza armada, bien organizada y siempre disponible. Los canadienses nada tenian de cuanto puede facilitar una colonizacion verdadera y sólida, pero no les faltaba nada de cuanto se necesita para ser un pueblo temible y en circunstancias hasta invencible en la guerra; y allí donde no llegaban sus fuerzas propias, no titubeaban en proveer á los pieles rojas de armas de fuego y excitarlos contra los otros blancos; de modo que no anduvo errado Benjamin Franklin, cuando dijo: «Nuestras trece colonias no disfrutarán tranquilidad mientras los franceses sean dueños del Canadá.»

En el curso del año 1748 el gobernador La Galissonière habia tomado posesion de la cuenca del Ohio en nombre de la Francia, y habia construido para su defensa una larga cadena de fuertes. Su sucesor Duquesne construyó otro fuerte al Sur de los Montes Allegany, en el punto donde convergen los caminos que conducen á la Virginia y á la Pensilvania. En este fuerte Duquesne, llamado así por el nombre de su constructor, fué donde un jóven comandante de las milicias de Virginia, Jorge Washington, hizo sus primeras armas contra los franceses que luego hubieron de ser sus mejores aliados. En la época de que hablamos, en 28 de mayo de 1754, Washington dispersó un pequeño destacamento francés, y luego construyó mas arriba del Fuerte Duquesne á orillas del Monongahela, afluente del Ohio, algunas obras de fortificacion donde le atacaron el 3 de julio los franceses y le obligaron, despues de un combate mortífero, á capitular con condiciones muy humillantes.

Todas estas luchas eran cosa exclusiva de los gobiernos coloniales sin autorizacion ni intervencion de los respectivos gobiernos centrales. La Galissonière regresó á Francia y asedió el ministerio con sus súplicas para que enviase recursos al Canadá; pero el gobierno, en lugar de proceder con energía, entró en negociaciones con Inglaterra. A principios del año 1755 habia llegado á hacer una proposicion de paz que parecia tomar el aspecto del tratado del 11 de octubre del año anterior, pues consistia en la evacuacion por ambas partes de todo el territorio que se extiende entre el rio Ohio y los Montes Allegany. Esta proposicion significaba una retirada para los franceses, que cabalmente se habian sabido sostener contra sus adversarios en la orilla izquierda del Ohio. Pero el gobierno inglés contestó presentando en 7 de marzo del mismo año otras proposiciones tan exigentes, que la Francia, á pesar de todo su amor á la paz, no pudo admitirlas. No por eso sin embargo consideró las exigencias inglesas como motivo de rompimiento de las relaciones pacíficas. El rompimiento lo provocó la Inglaterra con aquella fria brutalidad de que suele echar mano cuando puede encontrar un pretexto para cometer piraterías en grande escala.

En enero de 1755 se dió á la vela con destino á la Virginia el general Braddock con una escuadrilla inglesa, y poco despues el gobierno francés envió otra al rio de San Lorenzo

con 3,000 hombres de refuerzo mandados por el general Dieskau, que acompañaban el nuevo gobernador del Canadá Vaudreuil. En pos de esta escuadra francesa salió otra inglesa mandada por el almirante Boscawen que alcanzando á la francesa cerca de Terranova, la atacó sin aviso ni formalidad alguna, tomándole dos buques despues de una resistencia desesperada en 8 de junio de 1755. Este fué el principio de una gran campaña de piratería. En Inglaterra hallábase á punto de hacerse á la mar otra escuadra poderosísima á las órdenes del almirante Eduardo Hawke, pero antes de darle la orden de partir hubo consultas y sucesos en extremo graves para el ministerio Newcastle, en el seno de la regencia encargada de los negocios en ausencia del rey Jorge II, que á pesar de la gravedad de la situacion política habia pasado otra vez con su brutal serenidad al continente para veranear en su palacio y posesion de Herrenhausen en Hanover. El duque de Newcastle queria que la gran escuadra cruzara como por vía de instruccion por el Canal de la Mancha ya que no era posible declarar la guerra á la Francia en ausencia del rey y no hallándose reunido el parlamento.

Además atacar á la escuadra francesa sin declaracion de guerra era en concepto de Newcastle, cuando no imposible, por lo menos muy indecoroso. No se avinieron á esto sus compañeros de gabinete, pero finalmente convinieron todos en no hacer la declaracion de guerra y dar al almirante la orden de atacar á los buques franceses de gran porte que encontrara en su camino, sin molestar á los pequeños de guerra ni á los mercantes.

A los pocos dias de haberse dado estas instrucciones, recibió el almirante nuevas órdenes que le mandaban destruir *todos los buques franceses*, tanto de guerra como mercantes que encontrara entre los Cabos Ortegale y Clear. La aficion de los ingleses al corso habia ahogado en los ministros todos los escrúpulos y toda la consideracion debida á la justicia, al derecho internacional y al decoro.

Empezó pues, una batida de buques franceses tan infame y en tan grande escala, como jamás se habia visto. Al concluir el año se habian apresado y llevado á los puertos ingleses 300 buques mercantes franceses con 30 millones de francos de valor y 6,000 marineros. Hasta un historiador inglés, Mahon, no puede menos de vituperar un acto de barbarie tan inaudito, diciendo, y esto es mucho tratándose de sus compatriotas, que como no habia precedido declaracion de guerra, la Francia habia tenido «cierto derecho» á quejarse de la falacia púnica de la nacion pirata del otro lado del Canal.

En la guerra leal no eran tan felices las armas inglesas como en las batidas traidoras de buques mercantes inofensivos. En 9 de julio de aquel año (1755) el general Braddock se dejó sorprender en un barranco en su camino al Fuerte Duquesne por 600 pieles rojas que hicieron una terrible carnicería entre su tropa, y quedó él mismo entre los muertos despues de una resistencia heroica.

En 21 de diciembre declaró el ministro de negocios extranjeros del gabinete francés, Rouillé, al gobierno inglés que Francia pedia la devolucion de los buques ilegalmente apresados y que miraria como declaracion de guerra el acto de negarse Inglaterra á esta devolucion. A declaracion tan categórica no supieron contestar con franqueza ni el gabinete ni el parlamento; pero tampoco restituyeron los buques y con esto quedó la guerra declarada indirectamente.

El parlamento inglés para defender á su patria contra una invasion armada francesa resolvió tomar á sueldo á toda prisa fuerzas hessenses y hanoverianas, lo cual suscitó en la oposicion, acaudillada por Pitt, una indignacion inmensa, pero muy injusta á los ojos del crítico imparcial, porque no se hubieran podido encontrar á mano por el mismo Pitt,

con la urgencia que exigia el caso mas que tropas mercenarias. El pánico que se comunicó con la celeridad del rayo á todos los puertos ingleses al saber que la Francia habia grandes preparativos para llevar un ejército á Inglaterra fué aprovechado por el gobierno francés para armar sigilosamente en el puerto de Tolon una escuadra de 12 buques de guerra y 150 de transporte, que se hizo á la vela el 10 de abril de 1756 y dió fondo en la costa de la isla de Menorca siete dias despues. Mandaba esta escuadra La Galissonière, el mejor marino que la Francia tenia entonces, el cual en un combate naval que dió el 20 de mayo al almirante Byng, que desde Gibraltar acudió á toda prisa con su escuadra á socorrer la isla, le obligó á retroceder y abandonar á Menorca á su suerte. Tenia el mando de los 12,000 soldados franceses de desembarco el duque de Richelieu, que en esta campaña se excedió á sí mismo con su proceder viril y resuelto y con la direccion serena de sus operaciones. Despues de un bien dirigido bombardeo de muchas semanas sin lograr la rendicion de la plaza de Mahon, decidióse Richelieu á tomar por asalto el castillo casi inexpugnable de San Felipe construido sobre rocas, y efectivamente le salió su empresa temeraria á medida de su deseo en la noche del 27 al 28 de junio. En la mañana del 28 hallábanse en manos de los franceses tres de los fuertes que defendian la plaza y esta victoria bastó para decidir al gobernador inglés Blakeney á capitular, obteniendo la retirada con todos los honores de guerra. Un mes antes, en 17 de mayo, habia declarado la Inglaterra formalmente la guerra á la Francia y esta la habia declarado á su vez el 16 de junio. En otoño del mismo año obtuvieron las armas francesas en la América del Norte un resultado de grandísima importancia que habria producido consecuencias inmensas si la corte de Versalles hubiese sabido aprovecharlo. Despues del mal éxito de todas las tentativas de los anglo-americanos para conquistar el Canadá, el general francés Montcalm procedió á atacar enérgicamente á sus adversarios. Embarcóse con 3,000 hombres en el lago Ontario y se presentó en frente del fuerte inglés Oswego que dominaba la orilla septentrional, y le asedió durante cuatro dias con tanto vigor que la guarnicion, compuesta de 1,800 individuos, capituló el 14 de agosto, en el momento en que se acercaba á socorrerla una division de 2,000 hombres. Los defensores del fuerte quedaron prisioneros de guerra, y los franceses despues de apoderarse además de 6 bergantines, 200 buques de transporte, mas de 120 piezas de artillería y de grandes depósitos de víveres, arrasaron las fortificaciones.

Con esta victoria y con el tratado que el gobierno francés celebró en aquellos mismos dias con la república de Génova, y por cuyo medio quedó preparada la futura adquisicion de la isla de Córcega, abrió la Francia de un modo brillantísimo esta guerra marítima, guerra que no solamente no habia suscitado, sino que habia tratado de evitar con toda clase de grandes sacrificios. A los 100 navios de línea que presentó la Inglaterra en batalla solo podia oponer la Francia 60, de los cuales á duras penas la mitad se hallaban en estado de servir, y sin embargo pudo conservar incólume el Canadá, conquistar en el Mediterráneo la isla de Menorca, y asegurarse para en adelante la posesion de la de Córcega. ¡Cuánto mas no podria haber alcanzado su poder marítimo todavía rudimentario! ¡cuántos intereses amenazados no podria haber asegurado! ¡cuánto no podria haber recuperado en la India, si el gobierno hubiese economizado los recursos para aplicarlos en su totalidad exclusivamente á la marina, á la guerra marítima, á la defensa y engrandecimiento de las colonias! Para hacer esto, no necesitaba el gobierno tener ningun talento extraordinario; bastaba el criterio vulgar del hombre práctico;

EPOCA DE FEDERICO EL GRANDE

pero cabalmente en estas críticas circunstancias dió «un ejemplo de demencia, y de estúpido abandono de sus propios intereses, como apenas se encontrará otro en las historias de todos los pueblos del mundo.» Estas son las palabras de un historiador francés, H. Martin, cuyos escritos ya hemos citado y utilizado repetidas veces.

III.—INGLATERRA Y LA CONJURACION AUSTRO-RUSA CONTRA FEDERICO EL GRANDE

La guerra marítima con la Francia habia tomado de repente para el poderío de Inglaterra un aspecto tan inesperado como poco lisonjero. Aun mas que á sus adversarios debia imponerse á los ingleses la necesidad de abstenerse de toda lucha continental á fin de conservar con la aplicacion de todos sus recursos, el dominio de los mares; y mas fácil debia haber sido para su gobierno que para los ministros de Versalles encontrar el medio sencillo de evitarse el peso de una doble guerra. La Inglaterra, como potencia insular, podia efectivamente quedar apartada de todas las complicaciones políticas del continente; sin embargo, habia dos intereses cuya violacion no creia deber mirar con indiferencia. Consistia el uno en no consentir la absorcion de los Países Bajos austriacos por la Francia, y el otro en la conservacion del electorado de Hanover para su soberano legítimo, el rey de Inglaterra.

Luis XV en la guerra de sucesion habia conquistado todas las plazas fuertes de la Bélgica, y sin embargo en la paz de Aquisgran habia restituido muy graciosamente el país conquistado á su dueño legítimo, y esto conservando incólume hasta el fin su superioridad militar inquebrantable. No habia, pues, mostrado un afan especial por conservar aquel bello país, y no era probable que se despertara en él semejante deseo cabalmente en momentos en que se veia comprometido en una guerra marítima colosal en todas las partes del mundo, que exigia la aplicacion mas enérgica de todas sus fuerzas. Ahora bien, si á pesar de estas consideraciones Luis XV se encaprichara por obtener la Bélgica podian suceder dos cosas; ó el Austria defenderia su dominio concentrando todas sus fuerzas en esta empresa, ó dejaria hacer sin emplear esfuerzo material alguno para estorbarlo. En el primer caso le bastaba el simple auxilio del dinero inglés y holandés para rechazar los ataques de un enemigo debilitado por una guerra simultánea marítima, y que sobre todo no tenia ya ningun mariscal como Mauricio de Sajonia. En el segundo caso era evidente que el Austria debia juzgar imposible la conservacion de la Bélgica y su defensa por tierra, no quedándole otro medio de recobrarla si la Francia la ocupaba, mas que el indirecto de un tratado de paz como el que habia hecho en 1748.

En la cuestion de Bélgica convenia, pues, á la Inglaterra una actitud meramente expectante y reservada, tanto mas, cuanto que parecian interminables las disensiones entre la corte de Viena y las potencias marítimas, ora por cuestiones de defensa de las plazas de la barrera, ora por los derechos mercantiles de los belgas.

Mas despejada estaba todavía la situacion política de Inglaterra respecto del Hanover si se miraba desapasionadamente. Jorge II habia tomado parte, como rey de Inglaterra, pero no como príncipe elector de Hanover, en la guerra de sucesion, porque desde setiembre de 1741 hasta la paz de Aquisgran se habia realizado perfectamente en la persona indivisible de Jorge II el milagro de la division en dos caracteres distintos, el de rey de Inglaterra beligerante y el de príncipe elector de Hanover enteramente neutral, todo á pesar de haber combatido tropas

hanoverianas primero á sueldo de Inglaterra y luego aparentemente pagadas por el Austria, pero siempre en las filas enemigas de la Francia. En todo este tiempo había sido mirado el Hanover, como país neutral, tranquilo como si no existiese en el mundo guerra general. ¿A quién debía el rey Jorge la posibilidad de hacer simultáneamente estos dos papeles tan distintos? Únicamente á su sobrino el rey Federico II de Prusia sin el cual jamás habría logrado el convenio de neutralidad hecho en Hanover con la Francia en 27 de setiembre de 1741 (1). Federico II, no obstante todas las perfidias de los güelfos (los soberanos de Hanover como rama de la casa de Brunswick), no había roto la paz que reinaba en el electorado, y había conservado, si bien en interés propio, la de toda la Alemania del Norte. Habría sido pues lógico y natural que el gobierno inglés, tan luego como asomó en el horizonte la guerra marítima con Francia, hubiera intentado establecer una estrecha inteligencia con el rey de Prusia, ya para lograr la neutralización del Hanover por la misma vía que en 1741, ya para asegurarse en un caso extremo el auxilio armado de su belicoso vecino: política tanto mas necesaria cuanto que Inglaterra no podía esperar protección de ninguna otra potencia continental no teniendo de su parte primero al rey de Prusia, porque, ni Rusia, ni Austria, ni Holanda, ni mucho menos Sajonia y Baviera podían enviar auxilios sin tropezar con Federico. En una palabra, si Jorge hubiera comprendido medianamente su interés como rey y príncipe elector, no habría tenido desde un principio mas norma de conducta que la que siguió algunos años despues, en enero de 1756; mas en lugar de proceder desde el principio tan cuerdamente, se entretuvo años y años en conspirar y excitar á todas las potencias contra la Prusia; y no hubiera podido emplear mas saña y constancia que las que mostró en esta tarea si se hubiera tratado de un enemigo mortal de su raza. Solo cambió de conducta cuando vio, lo que debía haber visto desde el primer momento: que un elector de Hanover, aunque fuese rey de Inglaterra, que se mostrase hostil al rey de Prusia, seguía simplemente una política de suicidio.

Sin pensar el gobierno inglés ni remotamente en explorar en Berlin las intenciones del gobierno prusiano respecto de la neutralización del Hanover en vista de la inminente guerra marítima con la Francia y de los proyectos de falaz piratería que meditaba contra aquella potencia; sin tratar de indagar si de las relaciones que existían entre la Prusia y la Francia podía resultar algun peligro para el electorado, envió ya en abril de 1755 á Sir Hanbury Williams á San Petersburgo con instrucciones que revelaban una torpeza y una grosera rusticidad pasmosas, además de la saña pueril y ciega de costumbre. No parecía, á juzgar por ellas, sino que el rey de Prusia, que durante diez años se había mostrado el mas pacífico de los monarcas, estaba á punto de caer á traición sobre el Hanover, y que solo podía evitarse tan horrible desgracia con una inmediata invasión de hordas cosacas y calmuca en el territorio prusiano. Al leer estas instrucciones que llevan la fecha de 11 de abril de 1755, asombra ver que el ministro inglés lord Holderness encarga al nuevo embajador con toda urgencia la renovación del tratado firmado entre Rusia é Inglaterra en 1742 y que solo caducaba en 1757, á fin, dice, de evitar una grandísima desgracia! ¿Cuál era esta desgracia tan terrible? Era posible segun el gobierno inglés que la Rusia se considerase potencia mas asiática que europea, y se mantuviera tranquila en las complicaciones de Europa, dejando las manos libres al

(1) Segun prueba con documentos *Grünhagen* en su *Historia de la primera guerra de Silesia*, Gotha 1881, tomo I, pág. 448 y siguientes.

rey de Prusia para la ejecución de sus proyectos peligrosos, preparados desde mucho tiempo, de engrandecer sus Estados á costa de los vecinos, es decir, del Hanover, mientras la Inglaterra estuviera ocupada en la guerra marítima con Francia. Para abrigar semejante temor era preciso que el gabinete inglés no tuviera la idea mas remota de la situación y disposiciones de las cortes de Berlin, San Petersburgo y Viena; que no se acordara del tratado del 2 de junio de 1746, al cual la misma Inglaterra se había adherido en 30 de octubre de 1750 solo con excepcion de los artículos secretos, de cuyo contenido por otra parte estaba perfectamente enterada; que nada absolutamente supiera de la reunión de tropas rusas que se efectuaba cada año con amenazadora regularidad en las fronteras prusianas, ni de que el Austria tenía siempre dispuestas las suyas para invadir en cualquier momento en combinación con los rusos el territorio prusiano; que desconociese en fin completamente la situación hostil y el estado permanente de guerra que existía desde hacia cinco años entre Rusia y Prusia, entre las cuales, si no había estallado todavía la lucha abierta, amenazaba estallar en breve. Era una formidable tormenta que por la parte del Este y del Sur parecía próxima á descargar sobre el rey Federico al menor movimiento que hubiera hecho para realizar los proyectos ambiciosos de engrandecimiento de que se le acusaba tan equivocada como maliciosamente en Londres (2).

Mas ignorante que su gobierno era el honrado embajador Hanbury Williams que le pedía desde San Petersburgo oro y mas oro para comprar una corte contra el rey de Prusia, sin ver que esta misma corte no tenía mas idea desde muchos años que espiar el momento en que pudiera arrojar en combinación con el Austria y la Sajonia sobre el mismo rey á quien odiaban todos. Para ganar á Olsufieff, la mano derecha de Voronzoff, pidió el embajador 1,500 ducados por vía de arras y 500 ducados de pension anual, diciendo que esperaba poder comprar por iguales cantidades al embajador sajón Funk que vivía en la mayor estrechez, y que por una propina de 500 ducados y una pension anual de 250 se comprometía á sobornar á Volkoff, el secretario de gabinete de Bestusheff. A todo contestó el ministerio inglés remitiendo los fondos pedidos. Logró su embajador la renovación del tratado en 30 de setiembre y entregó por vía de regalo á Bestusheff 10,000 libras esterlinas (250,000 pesetas); pidió á su gobierno para Voronzoff á título de regalo 500 libras, y 50,000 (1.250,000 pesetas) para la emperatriz que no había aprobado todavía el nuevo tratado.

Poco á poco empezó á sospechar su equivocación el gabinete inglés, segun se ve en una carta que escribió el ministro en 10 de octubre de 1755 á Michell, que despues fué enviado de embajador á Berlin, diciéndole: «Nuestro contrario es la Francia; el del Austria es la Prusia. Austria no quiere auxiliarnos contra la Francia si no nos declaramos enemigos de la Prusia y si no ayudamos á la emperatriz reina á reconquistar lo que perdió en la última guerra. Pero pensar en semejante proyecto en nuestra posición actual, sería pura demencia.» Da una idea muy pobre de la sagacidad del

(2) Para las instrucciones del embajador Hanbury Williams véase la obra alemana de RAUMER, *Materiales para la historia moderna*, tomo II, pág. 286. Para el tratado entre Rusia é Inglaterra que caducaba en 1757 véase: MARTENS: *Colección de tratados hechos por la Rusia con otras potencias*, obra escrita en francés, tomo I, páginas 178 hasta 183. El texto literal de todos los artículos secretos de este tratado, había sido comunicado al gobierno inglés por su enviado diplomático Hyndford en su relación del 17 de noviembre de 1747 que se encuentra en el archivo de Hanover.

noble ord que presidía el gabinete inglés, el hecho de que conociera tan tarde los verdaderos propósitos de la emperatriz María Teresa, que por lo demás no podía tener otros; y sobre todo el hecho de seguir todavía desconociendo las intenciones del gobierno ruso, pues que en 26 de diciembre encargó á Williams, que indagara de los ministros rusos hasta dónde «la corte de Viena había llegado en su tarea de excitarlos contra la Prusia.» De todos modos, ocurriole en estas circunstancias, aunque tarde, el pensamiento, único salvador, de inclinarse con fe y confianza del lado de la corte prusiana; pensamiento que tuvo en seguida el mejor éxito.

El tratado anglo ruso que la emperatriz no había firmado todavía era tan inofensivo á juzgar por el sentido literal del texto que solo hablaba de medidas defensivas, que no hubo inconveniente en comunicarlo al rey de Prusia, el cual encargó á su embajador en la corte de Inglaterra, Luis Michell, que manifestara á lord Holderness la satisfacción que le había causado la comunicación de aquel tratado y las intenciones del rey de Inglaterra en él reveladas, añadiendo que el gobierno prusiano deseaba conservar la paz general europea, pero que quería ver en primer lugar asegurada la paz en el interior de Alemania, lo cual se lograría mejor con un convenio de neutralidad que colocara el imperio fuera de las complicaciones actuales, sin excitar la susceptibilidad de ninguna potencia.

Esta comunicación despejó de un solo golpe la situación de Inglaterra disipando todos sus recelos equivocados y las susceptibilidades que habían sido causa de las instrucciones necias del 11 de abril. Pronto quedó redactado el borrador del tratado de neutralidad con Prusia y en 16 de enero de 1756 lo pudieron ya firmar en Westminster el embajador de esta potencia Luis Michell y el gobierno inglés. Pues bien, solo la manera con que fué recibida en San Petersburgo la comunicación de este documento sencillo y franco dió que pensar por primera vez á la diplomacia inglesa respecto de las intenciones verdaderas del gabinete ruso; pero hasta mucho despues, en medio de la guerra, no conocieron los ministros ingleses cuán miserablemente se habían dejado engañar por los astutos moscovitas, y que habían gastado en daño de la Inglaterra y de la Prusia, y únicamente en beneficio del Austria y de Francia, las sumas inmensas enviadas á San Petersburgo para comprar los hombres del gobierno ruso.

Poseídos de una obcecación que no se explica, no vieron ni el ministro Holderness ni el embajador Williams que el gobierno inglés había cambiado radicalmente de rumbo con el tratado de Westminster. El convenio de setiembre estaba decididamente dirigido contra la Prusia, porque si no lo decía, no dejaba de ser este el pensamiento de ambas partes contratantes cuando lo firmaron sus encargados; pero á la sazón, y antes de que la emperatriz de Rusia pusiera su firma en aquel convenio, la Inglaterra veía en el rey de Prusia un amigo y había celebrado con él un tratado amistoso. Parece imposible, á no verlo puesto fuera de toda duda por los documentos, que los hombres de Estado y diplomáticos ingleses no hubiesen llegado á prever que los rusos habían de conocer que el último tratado entre Inglaterra y Prusia podía ser entendido segun el caso en dos sentidos muy diferentes; uno que no contradecía al tratado anglo-ruso, y otro diametralmente opuesto, y que esto último sería lo mas probable á pesar de haber excitado y alimentado la prusofobia de los rusos durante tanto tiempo y con tan grandes sacrificios.

No dejó la política rusa de mostrar su opinión con una franqueza notable que sin embargo Williams no supo ver. Al contrario, creyó haber alcanzado una grandísima victoria

cuando la emperatriz Isabel firmó en febrero de 1756, despues de cinco meses de espera y de vacilación, el tratado anglo ruso antes de saber nada del de Westminster, pero con una adición que le hacía completamente inútil y falto de sentido para la Inglaterra en la posición en que se había colocado con el convenio firmado con la Prusia. Segun el celebrado con la Rusia, podía la Inglaterra exigir el envío de fuerzas rusas tanto á los Países Bajos como al electorado de Hanover; pero la citada adición eliminaba del pacto este derecho, dejando solo en pié el de exigir el empleo de fuerzas rusas contra la Prusia, con la cual había firmado cabalmente el convenio de neutralidad; de modo que el tal derecho no era ya de ninguna utilidad para la Inglaterra. Para quitar la última sombra de duda respecto de la intención de aquella reserva la explicó despues Voronzoff diciendo (con sorna) que los rusos estaban muy contentos por no tener que hacer en su día marchas tan largas; y que en cambio podía contar la Inglaterra mucho mas seguramente con que la emperatriz cumpliría todos sus compromisos en el caso de que el rey de Prusia emprendiese la menor cosa contra la paz. De esto dedujo Williams con grandísima satisfacción que la emperatriz vigilaría estrechamente á Federico II y se echaría sobre él tan luego como la Prusia atacara al rey de Inglaterra ó á uno de sus aliados. ¡Y cosa singular! Esto lo escribía en el mismo despacho en que acusaba el recibo de la copia del tratado de Westminster, y en que comunicaba á su gobierno las frases de Bestusheff segun las cuales la nueva unión de Inglaterra con Prusia sería para la emperatriz Isabel una noticia «muy desagradable», pero él por su parte haría todo lo posible para aminorar la mala impresión si el gobierno inglés le pagaba las sumas desde tanto tiempo prometidas y que tan grande falta le hacían. No contento con esto añadía el embajador que tenía la gran suerte de que el enviado austriaco, conde de Esterhazy, siempre amable y franco, le había participado la interesante noticia de que la emperatriz parecía haberse resentido algo del tratado celebrado entre Inglaterra y Prusia, pero que había manifestado la esperanza de que entre el rey de Inglaterra y la corte de Viena se habría acordado un plan para cortar los vuelos al rey de Prusia, plan al cual la emperatriz estaría siempre pronta á cooperar. Ivan Shuvaloff fué aun mas explícito diciendo personalmente á Williams á fines del mes de febrero, que siempre que el rey de Prusia hiciera el menor movimiento hostil contra el rey de Inglaterra ó contra cualquiera de sus aliados caería la emperatriz sin tardanza sobre él con su fuerza armada.

Mas claro apenas podían hablar los hombres de Estado rusos; y sin embargo no los supieron entender ni Williams ni su jefe; y al primero hasta le hicieron creer que iba cesando el resentimiento de la emperatriz, motivado por el tratado de Westminster, y que Austria nada había trabajado en contra, lo cual corroboraba también el comportamiento de su embajador, Esterhazy, el cual le demostraba una cordialidad tan exquisita que permitía suponer la mas completa y feliz armonía entre sus dos gobiernos respectivos.

La simplicidad de Holderness, el jefe del gabinete inglés, era tan grande que escribió el 20 de marzo á Williams que bien mirada la aclaración (la mencionada adición) rusa al tratado de alianza y de subsidios era redundante, pues que el texto del tratado era ya suficiente; y que además parecía tan quisquillosa que si llegara á ser conocida daría justo motivo al rey de Prusia para ofenderse; por cuya razón opinaba el rey de Inglaterra que cuanto menos se hablara de ella mejor sería, y en su consecuencia mandaba al embajador que procurara suprimirla sin hacer ruido.

Tanta ceguera debe parecerse imposible y sin embargo